

## La Comunidad europea: entre la integración y el nacionalismo

**Víctor Sukup\***

La crisis de la integración europea, simbolizada por el ya prácticamente malogrado Tratado de Maastricht, materializada por el casi desmoronamiento del sistema monetario europeo y evidenciada por las fuertes reticencias de los ciudadanos, no sólo daneses y franceses, trae muchas enseñanzas importantes. Para los propios europeos, en su mayoría sorprendidos por el giro de los últimos acontecimientos, pero también, a pesar de las notables diferencias entre las situaciones, para los participantes en otros procesos o proyectos de integración regional, tales como el *Mercosur* y el *Merconorte* (EE.UU., México y Canadá).

Al igual que éstos, *Maastricht* y la *Europa del '93*<sup>1</sup> constituyen, con un trasfondo de recesión y fuertes y múltiples tensiones sociales, combinaciones muy *sui géneris* de diversos elementos que aparecen algunos como más o menos realistas y otros excesivamente "voluntaristas"; como aparentemente positivos y negativos.

Entre los primeros, más o menos realistas y positivos, están las adaptaciones necesarias, y parcialmente constructivas, a las tendencias a la globalización que se constatan a nivel planetario, con la formación de grandes espacios económicos ligada a tendencias fundamentales de la economía mundial. También cabe mencionar aquí la voluntad de superar, o enterrar definitiva-

---

\* Investigador asociado del CERIAL, Mendoza.

1. En 1985/86, la hasta ahora última ampliación de la CEE (a España y Portugal) y el *Acta Única Europea* significaron un nuevo impulso hacia la profundización de la Comunidad, que parecía languidecer, según opiniones coincidentes, afectada de "euroesclerosis" frente a los rivales EE.UU. y Japón. Se fijó la fecha del 1º de enero de 1993 para constituir finalmente el "Mercado Único Europeo" con total libertad de circulación de personas, mercancías y capitales, lo que implicaba la adopción de numerosos compromisos adicionales de los países miembros para eliminar trabas de diversa índole y armonizar legislaciones (fiscales, etcétera). En diciembre de 1991, la cumbre europea en Maastricht, Países Bajos, acordó acelerar el paso hacia la "Unión Europea" previéndose en particular crear una unión monetaria antes del año 2.000, profundizar la armonización de políticas y, a instancias de España, establecer un *Fondo de Cohesión Económica y Social*.

mente, viejas enemistades y rivalidades (germano-francesa, argentino-brasileña en particular). Entre los segundos, o sea los relativamente ilusorios o ingenuos y en muchos aspectos cuestionables, una clara tendencia a excluir a terceros (“fortaleza Europa”, “tratamiento preferencial” para México con vistas a desprenderlo del resto de América Latina) y sobre todo un fuerte sesgo ideológico basado en una creencia muy ingenua en las bondades del modelo neoliberal predominante, es decir en la capacidad autorregulatoria casi infinita de los mecanismos de mercado. Y parece ser esta ilusión neoliberal —que ignora las enseñanzas de la historia, como las urgentes necesidades sociales y ecológicas— la que está en la base de los fracasos de hoy, desde la amplia oposición a Maastricht hasta el reconocimiento creciente de la necesidad de ampliar los plazos del Mercosur y las oposiciones internas diversas, con motivos varios, al Merconorte.

Para comprender mejor esta problemática, tan “incomprensible” en la perspectiva del discurso dominante de moda, convendrá sin duda reflexionar un poco sobre los siguientes aspectos:

- la teoría y la práctica del comercio mundial, del desarrollo y de la integración regional;
- el origen y la evolución de la CEE, en sus aspectos reales más que retóricos, sobre todo en sus conflictos internos y externos y en lo que aparece como su triple dimensión Norte-Sur;
- la evolución contemporánea de la Europa no comunitaria;
- las tendencias internacionales recientes, en particular el derrumbe del “socialismo real” y las múltiples crisis del “capitalismo real”, sobre todo sus crecientes “conflictos Norte-Sur”, incluso en el interior del mundo altamente industrializado, así como la problemática global del mundo actual en sus principales aspectos sociales, económicos, políticos, ecológicos, etcétera, con el impacto de la unificación alemana en Europa y de los múltiples problemas en Europa oriental en particular;
- finalmente, habrá que tratar de evaluar las posibles consecuencias de estas tendencias, y de las realidades de fondo subyacentes, sobre las futuras relaciones entre la nueva Europa y la Argentina, o aun América Latina en general, así como las lecciones de las experiencias europeas.

### *Teoría y práctica del comercio internacional, del desarrollo y de la integración*

Conviene volver un instante a dos pensadores clásicos de la economía internacional, Ricardo y List.<sup>2</sup> Si el primero mostró que *teóricamente* el intercambio entre dos y más países basado en las *ventajas comparativas*

---

2. David Ricardo (1772-1823), inglés defensor de los intereses de la burguesía industrial de su país, postuló, en particular en sus *Principios de Economía Política y Tributación*, la conveniencia del libre comercio mundial sobre la base de su *teoría de las ventajas comparativas*.

debería siempre ser mutuamente benéfico, el segundo explicó con no menor claridad que en la práctica estas ventajas mutuas se dan fundamentalmente entre países de nivel de desarrollo similar y apenas entre un país industrial y otro predominantemente agrario, razón por la cual se justifica en este último un *proteccionismo selectivo, temporario y moderado*.

Es fácil demostrar que la justeza del argumento de List contra el libre comercio irrestricto a la Ricardo está confirmada contundentemente por todas las experiencias de *industrialización tardía* o posterior a la de Gran Bretaña, un decir de Alemania, los Estados Unidos, etcétera, así como de Japón y más recientemente Corea, entre muchos otros ejemplos. Sin contar, desde luego, a la propia Inglaterra durante sus siglos de prácticas proteccionistas (*Navigation Acts*, prohibición de exportación de materias primas y de emigración de artesanos, etcétera), antes de su llegada a la situación de potencia hegemónica mundial. En general, constatamos además, en los ejemplos posteriores de industrialización, un papel crecientemente importante del sector financiero (Francia, Alemania) y sobre todo del estado (Rusia, Japón, etcétera).<sup>3</sup>

De hecho, un análisis en profundidad muestra que las vías del desarrollo son múltiples y diversas, pero que existe una serie de condiciones mínimas esenciales, vinculadas en particular al papel del estado, la evolución de la estructura productiva —con la modernización agrícola como elemento central— y los patrones de distribución del ingreso. Sólo en casos aislados y muy particulares como Suiza y Holanda, o en tiempos más recientes ciudades-estado como Singapur y Hong Kong, se ha logrado una elevada dinámica del desarrollo con una estrategia basada, en términos generales, en un enfoque de libre comercio. En estos, *absolutamente todos* los otros casos fueron esencialmente los mercados internos los que desempeñaron el papel dinámico en las fases críticas de la transición hacia la condición de país *desarrollado*, integrante del conjunto de los países hoy *centrales*.

En la historia económica universal vemos diversas variantes de este desarrollo que ilustran lo mucho que se puede *aprender de Europa*<sup>4</sup> sin caer por eso en una admiración ingenua —y desmovilizadora del punto de vista de un país *periférico*— de los logros europeos. Existen la de los países de tamaño económico-demográfico, y por lo tanto de mercado interno, relativamente importante, como los grandes estados continentales (Francia, Alemania, Austria-Hungría, etcétera) que siguieron básicamente una estrategia de *disociación* con protec-

---

Friedrich List (1789-1846), alemán, defendió su teoría opuesta a la de Ricardo en su obra central *Sistema Nacional de Economía Política* (diversas ediciones de ambos libros en numerosos idiomas).

3. Alexander Gerschenkron, *Economic Backwardness in Historical Perspective* (Cambridge, Mass, 1962).
4. Dieter Senghaas, *Aprender de Europa*, (Barcelona-Caracas, 1985). La siguiente tipología es retomada de la obra de este destacado especialista alemán en temas del Tercer Mundo, autor de obras anteriores sobre *estrategias de disociación*. Ver en pp. 50-67 estas *formas de reacción ante la presión de periférisación* (a la que no escaparon, por ejemplo, Grecia, Irlanda, etcétera).

cionismo; el *desarrollo asociativo-disociativo*, con economía fuertemente exportadora dando luego lugar a un desarrollo basado en el mercado interno (países escandinavos, Australia, Canadá, Nueva Zelanda); el *desarrollo disociativo-capitalista de estado* (Rusia zarista, Japón) y el *desarrollo disociativo-socialista de estado*, sin contar los casos de *desarrollo recuperante* del tipo de Corea y Taiwán, basados en la fuerte intervención del estado y en una estrategia que combina hábilmente los aspectos *disociativos* y *asociativos*, proteccionistas y de libre comercio.

De lo anterior se deduce la conveniencia general de aplicar alguna combinación de políticas de libre comercio y de proteccionismo. Debe distinguirse, sin embargo, en cuanto a éste, entre prácticas de proteccionismo constructivo, dinámico —para favorecer “artificialmente” pero temporariamente ciertas nuevas actividades destinadas a mejorar la situación competitiva general del país— y prácticas defensivas, retardatarias, destinadas a proteger actividades que no presentan estas perspectivas, como sucede con muchas producciones agrícolas y aun industriales en Europa. En el primer caso, se trata de conquistar *nuevas ventajas comparativas* y se contribuye a un mejoramiento de la productividad a nivel global —en el país involucrado y también a escala mundial—; en el segundo, se bloquea artificialmente y por intereses grupales —no necesariamente “ilegítimos”, monopólicos o parasitarios, por supuesto, pero sectoriales— este mismo proceso.

Todo este razonamiento se aplica desde luego tanto a un país tomado aisladamente —es obvio por ejemplo que Japón nunca sería hoy lo que es si hubiera seguido una política liberal— como a un grupo de países comprometidos en un proceso de integración, para el cual la enseñanza de List también sigue siendo indudablemente válida.<sup>5</sup> Todo esto no contradice, sin embargo, la idea general de Ricardo en cuanto a *deseabilidad teórica* de un comercio mundial totalmente libre; sólo la condiciona a una realidad compleja en la cual la desigual fuerza relativa de los países, la diferencia de niveles de desarrollo, la presencia de monopolios y otras formas de restricción a la libre competencia —planteada como una de sus hipótesis por Ricardo— favorecen más una divergencia que una convergencia de los niveles de desarrollo de los países. En otras palabras, *de una concepción estática de la teoría de las ventajas comparativas conviene pasar a una concepción dinámica de la misma*, que incluye necesariamente elementos de protección, si se quiere evitar la repetición de la experiencia histórica real de Portugal atrasado-periferizado frente a la Gran Bretaña en vías de industrialización. De hecho, el libre comercio internacional es preconizado por los líderes mundiales, pero obviamente no se practica en realidad en ninguna parte, ni aun en los países más competitivos como Japón o Alemania.

La *integración económica regional*, en el fondo, nunca pasa de ser una combinación de prácticas de libre comercio —frente a los socios— y de proteccionismo —frente a los terceros países—; este último puede ser de tipo

5. Bernard Barthalay, “Actualité de List: la préférence communautaire”, en *Economie et Humanisme* (Lyon) 282, marzo-abril de 1985.

constructivo o defensivo, de tipo "fortaleza cerrada" o implicando un acceso relativamente abierto. En la CEE, por ejemplo, encontramos fácilmente elementos que ilustran estos diversos aspectos. Ya llamó la atención a uno de los primeros teóricos de la integración la sorprendente coincidencia entre partidarios del libre comercio y del proteccionismo en elogiar la idea de la integración, lo que debía, enfatizó con razón, traducir algún tipo de equívoco.<sup>6</sup>

El mismo autor introdujo los útiles conceptos de *creación* y de *desviación de comercio* para medir los aspectos positivos y negativos de la integración regional sobre la evolución de la productividad general. La primera permite desplazar una producción de un lugar a otro más adecuado (menores costos); la segunda lleva a la situación contraria, debido a la discriminación frente a terceros inherente al proceso de integración. Si predomina la primera —como debería ocurrir en Europa debido al carácter más concurrencial que complementario de sus economías—, concluía, la integración es buena; si la segunda, entonces es mala desde el punto de vista global. Varios autores como Balassa, Meade y Tinbergen<sup>7</sup> han profundizado y ampliado este análisis.

Toda esta visión se inscribe sin embargo en la ideología liberal, neoricardiana, entonces como hoy predominante, y no toma en cuenta las necesidades, para países relativamente atrasados, de mejorar su estructura productiva, entre otras medidas por prácticas sensatas de proteccionismo constructivo. En países en desarrollo, por otro lado, deberá tratarse sobre todo de acordar *co-producciones* capaces de promover el desarrollo de todos los socios y no de crear un *mercado común* que tenderá casi siempre a beneficiar al país (o grupo de países) ya más adelantado.<sup>8</sup>

En la propia Europa, advertía ya antes de la puesta en marcha de la CEE un gran economista francés, podría muy bien darse una fractura creciente entre una *Europa activa* en el Norte y una *Europa pasiva* en el Sur.<sup>9</sup> Un antiguo presidente de la Asociación Internacional de Economistas, en otra obra fundamental sobre el tema, enfatizó con razón que una "creación de inversión" como consecuencia de una "creación de comercio" (Viner) no necesariamente es "buena", pues puede significar en la práctica una utilización menos eficaz de capital, y paralelamente una "desviación de inversión" derivada de una "desvia-

6. Jacob Viner, *The Customs Union Issue* (Nueva York, 1950).

7. Bela Balassa, en su obra *The Theory of Economic Integration* (Londres, 1961), distingue en particular los diversos niveles o grados de integración: *asociación de libre comercio*, *unión aduanera* (con arancel externo común), *mercado común* (además con libre circulación de personas y capitales), y *unión económica* (además con amplia armonización de políticas fiscales); James Meade, en *The Theory of Customs Unions* (Amsterdam, 1955), distingue entre *efectos primarios*, *secundarios*, y *terciarios de la integración* como consecuencias directas e indirectas de la formación de una unión aduanera; Jan Tinbergen, en *International economic integration* (Amsterdam, Londres, Nueva York, 1965), habla de *integración negativa*, cuando se trata de una simple remoción de obstáculos a los intercambios, y de *integración positiva*, cuando ésta se acompaña de la creación de instituciones comunes de los países socios.

8. Henri Bourguinat, *Les marchés communs des pays en voie de développement* (Ginebra, 1968).

9. François Perroux, *L'Europe sans rivages* (París, 1954), en particular pp. 34-44.

ción de comercio" no es inevitablemente "mala", dado que puede llevar a una utilización más eficaz del capital total.<sup>10</sup> Por otro lado, parece que la práctica de la CEE, principal experiencia integracionista entre países industriales, no confirma demasiado la teoría "neoclásica" de la integración, favorable a la misma.<sup>11</sup>

Vale la pena detenerse un poco en la crítica hecha hace ya unos treinta años por aquel inglés pragmático de tendencia liberal de izquierda, porque aparece como muy válida para entonces y aún para hoy, contradiciendo tanto las versiones ingenuas y entusiastas sobre la "Europa de 93" como las de los primeros años de la Comunidad. Refiriéndose a los principales argumentos de los partidarios de la integración de tipo CEE, Dell los relativiza así:

- las *economías de escala*—de todos modos, ya en gran medida materializadas antes de la CEE con un comercio regional relativamente abierto— sólo se realizan en algunos pocos sectores industriales, y apenas en el resto de la economía;
- la *competencia reforzada* puede sin duda aumentar la eficiencia global, pero la empresa capaz de derrotar a sus rivales no es necesariamente también la que posteriormente mejor satisface la demanda;
- "la unión hace la fuerza", pero ¿no será sobre todo contra los terceros países del mundo periférico y subdesarrollado?;
- por fin, la progresiva transferencia de poderes de decisión hacia las autoridades supranacionales amenaza fuertemente con ejercerse contra los intereses de los débiles, ya sean regiones, asalariados, etcétera, a menos que haya mecanismos compensatorios, dado que el estado nacional queda atrapado en una suerte de "camisa de fuerza" y crecientemente incapaz de actuar. Conviene tener en cuenta estas reflexiones al analizar la CEE de hoy, ya que mantienen toda su actualidad y sirven de base a un examen crítico y objetivo de la realidad comunitaria.

### *La CEE, una serie de compromisos globales entre estados*

Aparece como esencial para comprender la naturaleza de la Comunidad europea, y su evolución accidentada desde la firma de los Tratados de Roma en 1957, su carácter de *compromiso político* entre los principales países miembros. El primero y más importante fue, sin duda alguna, el acuerdo básico franco-alemán, afirmado posteriormente por la dupla De Gaulle-Adenauer, de satisfacer a la vez los intereses agrarios y "coloniales" de Francia y los intereses industriales de Alemania Federal. La primera renunciaba a proteger su industria contra la más poderosa de su vecino oriental, obteniendo en cambio

---

10. Fritz Machlup, *A History of Thought on Economic Integration* (Londres, 1977), pp. 88-91.  
 11. Sidney Dell, *Trade Blocs and Common Markets* (Londres, 1963); versión en castellano: *Bloques de Comercio y Mercados Comunes*, (México).

posibilidades de expansión para su fuerte producción agropecuaria y el apoyo comunitario a su política de "descolonización suave" en África, "asociando" sus colonias en vías de lograr la independencia a la naciente CEE mediante los acuerdos de Yaoundé y posteriormente de Lomé. La segunda conseguía mercados seguros para expandir su industria, ya recuperada de la guerra y con fuerte potencial exportador. Esta ya se perfilaba como una de las más dinámicas a nivel mundial. En suma, el acuerdo de base de la Comunidad de 1958 era la *reconciliación* entre los *enemigos hereditarios* con sus tres devastadoras guerras auestas entre 1870 y 1945, ligada al reconocimiento mutuo de cierto predominio industrial alemán y de la fuerte posición política, agraria, militar y de la vocación africana de la *grande nation*. Las disensiones intracomunitarias de fines de 1992 sobre las negociaciones con los Estados Unidos, relativas a los subsidios agropecuarios, ilustran cómo este siempre frágil compromiso básico sigue siendo amenazado por fuertes peligros de ruptura, dadas las divergencias de intereses entre (especialmente) la Alemania industrial "aperturista" y (sobre todo) la Francia agroexportadora y más proteccionista.

El comienzo tampoco careció de problemas, llegando Francia a amenazar a sus socios con retirarse en ausencia de soluciones favorables a ella en la muy proteccionista política agraria común, y Alemania siempre con dudas sobre la conveniencia o no de privilegiar el "eje París-Bonn" por sobre sus mayores lealtades "atlánticas". Sin embargo, Francia se recuperó bien de sus guerras coloniales y logró reorientar muy significativamente su comercio exterior en forma dinámica: en los años '60 el crecimiento de su PBN fue aun un poco mayor que el de Alemania, y la participación de la "zona del franco" (esencialmente las ex-colonias africanas) en sus exportaciones poco a poco se volvió insignificante, bajando de más del 40% en 1950 a apenas un 5% en 1980. También Italia tuvo un desempeño notable, convirtiéndose por fin en uno de los "cuatro grandes" de Europa Occidental, con fuerte competitividad industrial y elevado nivel de vida, aunque con tendencia a agravar aun más su tradicional dualismo estructural entre el Norte industrial y el Sur atrasado.<sup>12</sup> Y los pequeños socios, altamente industrializados y con buena especialización internacional (Bélgica, Holanda, Luxemburgo), tampoco quedaron atrás en esos años de crecimiento acelerado general.

El segundo compromiso fundamental permitió la entrada de Gran Bretaña en 1973. No se renunció a la *política agraria común*, pero se le ofrecieron compensaciones al nuevo socio mediante la neta ampliación de la política regional comunitaria; al mismo tiempo, el gobierno de Londres ya no veía como opción real su repliegue al *Commonwealth* y había iniciado también una política agraria nacional más proteccionista, aumentando netamente su autosuficiencia en este campo, y estaba claramente pasando, como Francia anteriormente, de relaciones económicas exteriores predominantemente "verticales" (coloniales y neocoloniales) a otras más "horizontales" o competitivas.<sup>13</sup>

12. Vincenzo Guizzi, *Comunità Europea e sviluppo del Mezzogiorno*, (Roma, 1978).

13. Desmond Cohen (Ed.), *The Common Market: Ten Years After*, (Oxford, 1983).

Por último, los años '80 serán signados, después de una larga resistencia, sobre todo francesa, por un tercer compromiso básico, al incluir en la CEE los países del Sur, relativamente atrasados, primero Grecia (1981) y luego España y Portugal (1986). El doble propósito era de: a) reforzar las nuevas democracias de Europa meridional, con fuerte presión sobre España para forzarla a entrar también a la OTAN, y el aislamiento general de las fuerzas radicales de izquierda, y b) favorecer de alguna manera la convergencia entre el Norte y el Sur de Europa. Si la resistencia francesa se debía al temor de la fuerte competencia agrícola y también industrial de su vecino del Sur —con sus regiones fronterizas *Cataluña* y *País Vasco* prácticamente en un nivel de desarrollo comparable al de las contiguas *Languedoc-Roussillon*, *Midi-Pyrénées* y *Aquitaine*—, otros países como Alemania tenían mucho menos que temer y más que ganar de esta ampliación, y finalmente fueron sobre todo factores políticos —presencia de gobiernos afines en París y las capitales del Sur— los que despejaron el camino.

La intención de convergencia, materializada ya por los *Programas Integrados Mediterráneos* y reafirmada de manera más explícita en el Tratado de Maastricht de 1991 (creación de un *Fondo de Cohesión Económica y Social*) a instancias de España como portavoz del "Sur" comunitario, será sin duda una de las principales piedras de toque de la viabilidad de la "construcción europea" y merecerá un análisis un poco más detallado. Como decía entonces un especialista, con la entrada de Grecia, España y Portugal, la CEE aumentó su PBN global en un 10%, su población total en un 22%, la población agrícola en un 57%, y sus problemas regionales "en cierta manera, en un 100%".<sup>14</sup>

Conviene también, sin duda, preguntarse por el predominio de factores *económicos* o *políticos* en las diferentes etapas de la construcción europea. Está claro, por ejemplo, que la crisis actual está, entre otros factores, ligada a la súbita desaparición del "enemigo" que era por lo menos un elemento central en la puesta en marcha del proceso. Pero es útil también, en este contexto, recordar el juicio de un antiguo presidente de la Asociación Internacional de Economistas, en los años iniciales de los procesos de integración europeo-occidentales, sobre el tema: sostiene que los argumentos económicos no son muy convincentes y concluye que los protagonistas deberían enfatizar con mayor franqueza los motivos políticos subyacentes.<sup>15</sup> También Dell (nota 11) enfatiza que, curiosamente, los economistas suelen subrayar los aspectos políticos como la defensa occidental y la reconciliación entre los pueblos, mientras que los políticos prefieren poner el énfasis en las ventajas económicas previstas...

---

14. J. Van Ginderachter, "Les problèmes régionaux de la Communauté élargie", en *Revue du Marché Commun*, 310, oct. de 1987, p. 550.

15. E. A. G. Robinson (Ed.), *Economic Consequences of the Size of Nations* (Nueva York, 1966), p. XXII.

## Convergencia o divergencia en la CEE: tres veces norte-sur

No parece fácil el juicio global sobre si la CEE aumentó o disminuyó las diferencias de nivel de desarrollo y de prosperidad entre sus países miembros. Sobre todo porque es difícil separar el “factor CEE” propiamente dicho de los otros, nacionales e internacionales. Sin embargo, podemos resumir algunas tendencias generales, en parte bastante contradictorias:

- *Italia*, al comienzo del proceso indudablemente el último de los “cuatro grandes” (incluida Gran Bretaña), logró superar en términos de PBN per cápita al líder histórico de la industrialización y, según algunos cálculos, podría también estar cerca de superar a Francia; sin embargo, la creciente fractura interna llegó a amenazar en 1992, juntamente con otros factores, no sólo su posición económica lograda en las últimas décadas, sino aun su propia unidad nacional, que parece ser cada vez más frágil.
- *Alemania*, ahora reunificada, sigue siendo el *primus inter pares* en el campo económico, pero con mayor distancia sobre sus competidores, aun sin contar la ex-RDA; esto parece ser consecuencia tanto de factores internos —mejores servicios públicos y enseñanza profesional, etcétera— como de su propia posición crecientemente dominante en la CEE.
- *Francia y Gran Bretaña* siguen en posiciones relativas similares a las de hace 20 años, aunque perdiendo peso, sobre todo en el caso inglés, y aumentando fuertemente sus fracturas internas (regionales y sociales); el descenso de Gran Bretaña aparece sin embargo más ligado a la política ultraliberal de Margaret Thatcher que al funcionamiento de la CEE; algo similar vale también para Francia, a pesar de la presencia protagónica del Partido Socialista en el poder político desde 1981; sin embargo, al enfatizar la CEE el “libre juego de los mercados” deberían aumentar las distancias entre fuertes y débiles.
- En *España*, el balance de los primeros años de pertenencia a la CEE no parece justificar el entusiasmo inicial: especialmente en las zonas del Norte como Asturias, País Vasco y Galicia, las directivas comunitarias significan crisis económicas regionales muy agudas; sin contar otros síntomas de crisis económica y social, en parte ligados al choque de la integración.
- Según estadísticas de la CEE, las diferencias entre países socios han aumentado bastante entre 1970 y 1977, período del fin del largo ciclo expansionista y del “primer choque petrolero”: tomando el índice 100 como el promedio comunitario, Dinamarca habría aumentado su ingreso *per cápita* de 129 a 147 en estos siete años y Alemania Federal de 123 a 136, mientras que en el otro extremo de la escala Irlanda habría pasado de 53 a 47, Italia de 75 a 62 y Gran Bretaña de 88 a 72, con Francia avanzando de 111 a 116 y Bélgica y los Países Bajos progresando cada uno más de 20 puntos, llegando a unos 125 en 1977. Sin embargo, este cálculo está hecho en “unidades de cuenta europeas”, y en “paridades de poder de compra”, estas divergencias disminuyen netamente, permaneciendo aun así una divergencia bastante notable que aumenta las diferencias de nivel de bienestar

material.<sup>16</sup> Cifras más recientes no indican un cambio sustancial de rumbo, sino una reversión de la tendencia, anterior a 1973, hacia una lenta convergencia entre los niveles de desarrollo y bienestar.

- En cuanto al comercio intracomunitario, el predominio industrial alemán aumenta fuertemente y concierne a los sectores más dinámicos; un comentario francés resumía acertadamente esta *bataille du commerce extérieur*: "la espada y la espiga salvan al franco",<sup>17</sup> o sea las exportaciones de armas y alimentos equilibran la balanza comercial. En el caso inglés, se trataría, de manera aún más precaria, de finanzas y petróleo...

Si estas viejas potencias industriales se ven crecientemente distanciadas de Alemania, ¿qué será del "Sur"? "Hay una contradicción latente entre el principio del mercado y la necesidad de una política de discriminación positiva en beneficio de las regiones carenciadas. Cuanto más énfasis se pone en el primero, más las desigualdades parecen acrecentarse. Tratar entonces de reducirlas conlleva el riesgo de afectar 'el rendimiento global' del sistema de mercado. Pero no hacer nada para reducirlas produce el riesgo de crear tensiones susceptibles de poner en peligro la causa de la unión económica y monetaria, y por lo tanto de la propia Comunidad."<sup>18</sup>

Entre 1985 y 1987, la parte de las importaciones totales que corresponde a la Comunidad aumentó del 37,9 al 52,6% en España y de 45,9 al 64,2% en Portugal, mucho más rápidamente que la parte de sus exportaciones, que pasó respectivamente de 53,4 a 63,3 y de 62,5 a 70% en el mismo lapso. La propia Comisión de la CEE reconoció, en este contexto, que "las disparidades del PBI por habitante tienden a acentuarse desde el primer choque petrolero", indicando como *ratio* entre los cuatro países más pobres y los cuatro más ricos de los Doce los siguientes porcentajes: 41,0 en 1960, 56,3 en 1970, 63,4 en 1975 y alrededor de 60 en 1980 y en los años 1985-1988.<sup>19</sup> Una evolución sin duda ligada al repliegue de los países hacia las políticas nacionales (regionales, fiscales, de empleo, etcétera) en vez de comunitarias, el *sauve-qui-peut* egoísta para escapar a la crisis que estalló hacia 1973-74.

*Portugal*, el país más pobre de la CEE, se beneficia de transferencias financieras relativamente importantes desde Bruselas. Sin embargo, "en realidad, son cada vez más numerosos los portugueses que estiman que el Mercado Común no trae verdaderas soluciones a los problemas del país. Llegarían a decir, incluso, que este Mercado organiza la *braderie* (remate) y el saqueo del país. Ya que si por un lado trae capitales, por el otro impone condiciones de producción, como la de arrancar viñas y olivos, reducir la pesca

16. Eurostat (estadísticas oficiales de la CEE) (Bruselas, 1981).

17. *Le Monde*, 9 y 10-6-85.

18. Daniel Gadbin, *Quelle politique régionale pour la Communauté Economique Européenne?*, *Revue du Marché Commun*, 314, febrero de 1988, p. 72.

19. Comisión de las comunidades europeas, Direction Générale des Affaires Economiques et Financières, *Rapport économique annuel*, 1987-1988 (Bruselas), pp. 32 y 44-45.

y la producción de acero, que equivalen al desmantelamiento del aparato productivo nacional".<sup>20</sup>

En España, el tradicional déficit comercial se duplicó de 1986 a 1987, lo que tiene sin duda que ver con ciertas debilidades como el desempleo, la inflación, la fuerte posición de las multinacionales y los retrasos estructurales del país, que sólo han sido superados parcialmente en décadas recientes.<sup>21</sup>

En Italia, ya en 1988 se podía prever que los problemas de un aparato estatal importante pero ineficiente —entre otras cosas en la tarea de reducir las históricas desigualdades Norte-Sur internas— y burocrático, constituían, juntamente con otros factores menores, una debilidad muy peligrosa frente a la "perspectiva 1993".<sup>22</sup>

Aún en Bélgica, uno de los países tradicionalmente más avanzados, el director de la prestigiosa *Escuela de Comercio Solvay* de Bruselas advirtió sobre las debilidades de su país, muy abierto al exterior pero carente de grandes empresas multinacionales, a diferencia de otros países pequeños como Suiza y Holanda: "1992, aller à la bataille, non à l'abattoir" (ir a la batalla, no al matadero), recomendó.<sup>23</sup>

En el fondo, la CEE tiene un triple problema Norte-Sur que aparece como casi insoluble en las actuales condiciones:

- a) el *interno*, con fuertes desigualdades entre los diversos países, sobre todo entre el Sur más pobre y atrasado, con menos industria y más desempleo (incluyendo Irlanda y el Mezzogiorno italiano), así como desniveles regionales nacionales, más fuertes en el Sur: no es casualidad que en los dos países casi "tercer-mundistas" que son Portugal y Grecia se hayan formado metrópolis excesivamente grandes, "a la latinoamericana"; sin contar otros graves desequilibrios regionales como en Bélgica, que parecen llevar a la división del país, o en Gran Bretaña, donde entre los escoceses crece la tentación independentista;
- b) el *transmediterráneo*, con una frontera marítima que se convierte en un "nuevo Río Grande".<sup>24</sup> hay acuerdos de "asociación" y de "cooperación" con todos los países ribereños del Mediterráneo salvo Albania y Libia, pero la avalancha demográfica, el fracaso de los modelos de desarrollo y el impacto de la CEE transforman esta zona en "explosiva", sin contar las consecuencias de ello en los propios países de la CEE;
- c) el *mundial*: al fomentar relaciones "privilegiadas" con ciertas zonas del Tercer Mundo (países mediterráneos y ACP), se agravan los problemas en

20. Christian Rudel, Le Portugal, entre l'Europe et le tiers-monde, *Etudes*, París, abril de 1988, p. 446.

21. *Le Monde*, 21-6-88.

22. *Le Monde*, suplemento del 20-10-88.

23. *Le Soir*, Bruselas, 16-9-92.

24. Jean-François Drevet, *La Méditerranée, nouvelle frontière pour l'Europe des Douze?* (París, 1987).

otras regiones como América Latina, sin solucionar por eso los problemas de los primeros, como lo ilustran los desastres actuales de Africa, incluso en los países que en años pasados fueron considerados "ejemplares", como Costa de Marfil, Kenya o Camerún.

Estos conflictos Norte-Sur están interconectados: al volverse autosuficiente en productos "mediterráneos" en 1986, la CEE perjudicó fuertemente las exportaciones de países como Túnez y Marruecos, agravando las crisis de estos países; al favorecer las industrias ligeras en países como Portugal y Grecia pierden mercados las de Turquía y Egipto; dando preferencia a las bananas de las Antillas francesas la CEE restringirá la importación de éstas desde Latinoamérica; fomentada la producción de café o cacao en Africa, ha perdido mercados el Brasil, etcétera.

Un cuadro estadístico y dos gráficos reflejan bien lo esencial de los problemas de las diferencias internas de la CEE de los Doce. Las cifras del Cuadro 1 nos muestran en particular (columnas 7 y 8) el peso muy desigual de los países socios en cuanto a su participación en las exportaciones comunitarias y en

### CUADRO 1

Algunos datos sobre el comercio exterior de los países de la CEE (1958 y 1986), en %, y en miles de millones de ECU (Columna 8)

	1	2	3	4	5	6	7	8
	1958	1986	1958	1986	1958	1986	1986	1986
R. F. de Alemania	16,0	27,2	35,8	50,8	5,9	13,8	30,7	+53,1
Francia	8,9	16,5	28,6	57,8	2,8	9,5	15,0	-9,2
Italia	8,5	16,2	33,1	53,5	2,9	8,7	12,3	-2,5
Países Bajos	33,9	48,0	57,1	75,7	21,9	36,3	10,6	+4,6
Bélgica y Lux.	27,9	58,7	53,6	72,9	17,0	42,8	8,7	-0,2
Gran Bretaña	14,3	19,4	20,3	47,9	3,2	9,3	13,3	-19,9
Irlanda	22,3	51,4	85,1	71,9	21,4	37,0	1,6	+1,0
Dinamarca	25,9	26,3	58,2	46,8	15,8	12,3	2,7	-1,5
Grecia	7,4	14,2	50,4	63,5	4,0	9,0	0,7	-5,8
España	-	11,6	-	60,9	-	7,1	3,3	-6,3
Portugal	-	25,3	-	68,0	-	17,2	0,9	-2,3
CEE de los 12	14,3 <sup>1</sup>	22,0	35,3 <sup>2</sup>	57,2	5,4 <sup>2</sup>	13,1	100	+11,0

Columnas 1 y 2 - Relación entre las exportaciones y el PBN.

Columnas 3 y 4 - Exp. hacia los socios sobre exp. totales.

Columnas 5 y 6 - Exp. hacia los socios sobre PBN.

Columna 7 - Exp. totales de cada país sobre exp. totales de la CEE.

Columna 8 - Balanza comercial (superávit o déficit).

<sup>1</sup>CEE de los 9 (sin Grecia, España y Portugal).

<sup>2</sup>CEE de los 10 (sin España y Portugal).

Fuente: *Eurostat* (Bruselas, 1988) y Ministerio Federal Alemán de Economía.

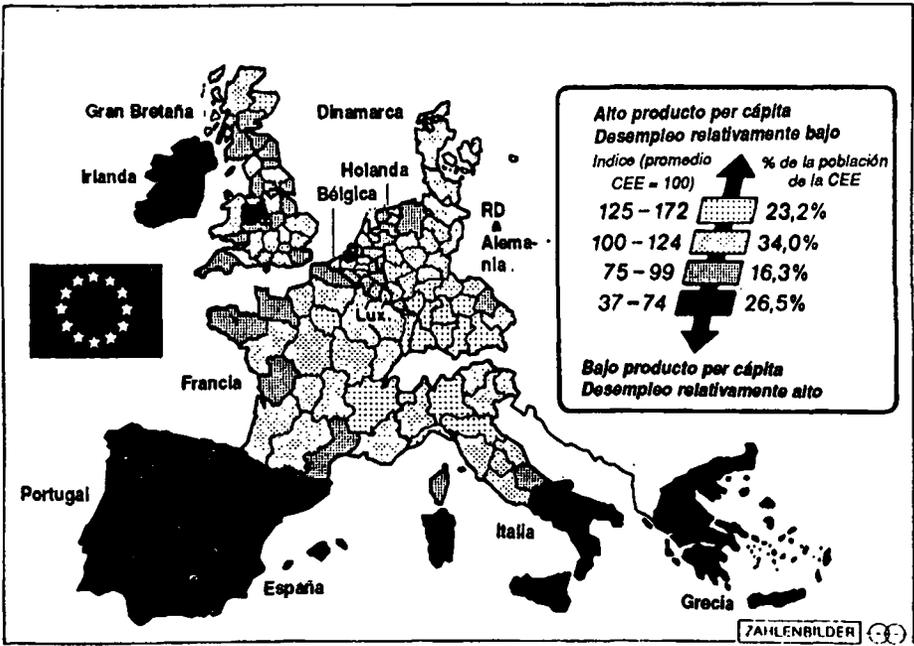
cuanto a sus correspondientes superávit o déficit con los demás: Alemania sola representaba ya en 1986 más del 30% de las exportaciones comunitarias, contra el 15% de Francia, el 13% de Gran Bretaña, el 12% de Italia y sólo el 3,3 de España. Gran Bretaña tenía un fuerte déficit, Alemania un superávit enorme, y los otros casi todos tienen un déficit en el comercio con sus socios. Por otro lado, la dependencia de cada economía había aumentado fuertemente entre 1958 y 1986, tanto en relación a las exportaciones totales (columnas 1 y 2) como al comercio comunitario (columnas 3 a 6), aunque de manera bastante desigual según los países.

El Gráfico I resume los grados de gravedad relativa de los problemas regionales, según un índice combinado de PBN y desempleo: en todas las regiones de España, Portugal, Grecia, Irlanda y del sur de Italia este índice se situaba a más de un cuarto por debajo del promedio de la CEE lo que afectaba a un 26,5% de la población comunitaria. El Gráfico II muestra, para el año 1983, el PBN por habitante, calculado según paridades de poder adquisitivo.

**GRAFICO I**

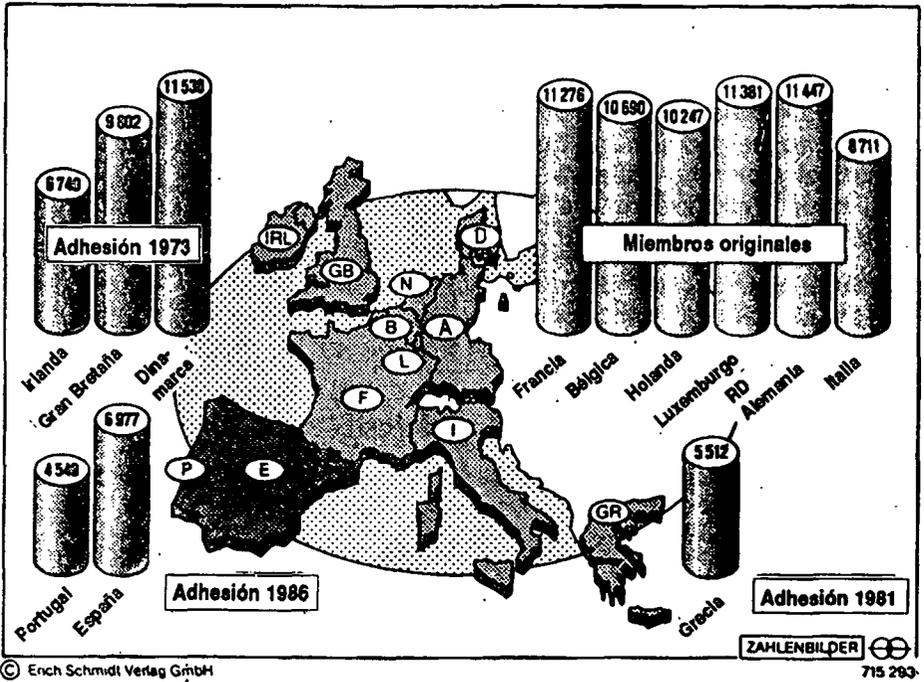
**Diferencias regionales en la CEE**

(índice combinado de nivel de PBN y de desempleo, según datos de 1985)



Fuente: Henrik Utterwede, *Die Europäische Gemeinschaft* (Opladen, 1990), p. 109.

**GRAFICO II**  
 Crecimiento de la CEE (PBN per cápita, 1983,  
 calculado en US\$, según paridades de poder adquisitivo)



Fuente: Henrik Utterwede, *Die Europäische Gemeinschaft* (Opladen, 1990), p. 19.

### La Europa extracomunitaria

Si la CEE hubiera realmente cumplido todas sus promesas, una confirmación *a contrariis* la deberían proporcionar los países de estructura similar que por una razón u otra se han mantenido al margen, o sea Suiza, Austria, Suecia, Finlandia y Noruega. Sin embargo, las cifras no indican de ninguna manera que estos países hayan quedado atrás, ni en el campo económico e industrial, ni mucho menos en el social. Al contrario, presentan índices netamente mejores en su conjunto que los países de la CEE, y *Austria*, hasta los años '60 claramente por debajo del promedio comunitario en términos de PBN per cápita, lo ha superado desde entonces. Es un hecho notable que no puede deberse ni a una particular competencia de sus dirigentes políticos y empresariales, ni a su situación geográfica (bastante marginal con relación al núcleo dinámico de la CEE), ni al empuje de su sector privado (el menos fuerte, en términos relativos, de los países europeos fuera del ex-bloque soviético), ni al uso de la energía nuclear

(rechazado por un referéndum en 1978 y prohibida desde entonces en el país).

También el rápido crecimiento de España y Portugal se ha dado sobre todo antes de entrar en la CEE, y países como Suiza, Finlandia, etcétera, han tenido éxitos económicos y sociales muy llamativos, superiores al promedio de la CEE. Otro aspecto interesante es que los países aún hoy extracomunitarios presentan niveles mucho más elevados de protección del medio ambiente, factor esencial, como se comprende hoy cada día más, no "sólo" de la calidad de vida, sino también del potencial de productividad real futura.

Nuevamente, resulta difícil separar en esta reflexión el "factor CEE" —o de no pertenencia a la misma— de los demás factores, nacionales e internacionales. Y también es cierto que desde 1973 un acuerdo de libre comercio industrial agrupa en principio a todos los países de la CEE con los que siguieron en la *Asociación Europea de Libre Comercio*. Pero llama la atención este resultado tan opuesto a lo que cabría esperar según los propagandistas del "gran mercado común" Así se insinúa la sospecha de que podría ser, al contrario, que justamente el funcionamiento real de la CEE sea, al menos parcialmente, responsable de esta divergencia inesperada. Esto nos lo confirma uno de los mejores economistas franceses, que explica el hecho precisamente por la pérdida de poderes económicos por parte de los estados nacionales, progresivamente incapacitados de llevar adelante una política independiente de rasgos keynesianos —y forzosamente diferenciada en función de los aspectos estructurales y prioridades nacionales— en materia social, regional, industrial, etcétera. La tan comentada *euroesclerosis* sería, de hecho, más precisamente una *CEE-esclerosis*.<sup>25</sup>

En cuanto a la *Europa oriental*, si el balance global aparece sin duda como poco convincente,<sup>26</sup> es sin embargo importante enfatizar que, según una de las mejores especialistas del tema, el tímido y muy parcial proceso de integración regional (CAEM o COMECON) parece haber llevado, juntamente con otros factores, a cierta convergencia en los niveles de desarrollo entre países originalmente muy dispares.<sup>27</sup> Cualquiera que sea el balance global, una interacción más "planificada" —que no necesariamente debería tener las características del CAEM— tendría sus ventajas y valdría la pena analizarla como alternativa. Otra lección esencial del "fracaso socialista" es que en el fondo presenta paralelismos muy llamativos —excesiva dependencia del financiamiento exterior, equivocada previsión de las tendencias futuras del mercado mundial e ignorancia fatal de factores ecológicos y sociales— con otros de signo ideológico muy distinto, como nos confirma un buen conocedor de Polonia y Brasil respecto de las crisis de ambos países.<sup>28</sup>

25. Alain Lipietz, "Réquisitoire contre l'Acte unique", en *L'Expansion*, París, 17 al 30-6-88.

26. Conviene, sin embargo, relativizar este fracaso y reconocer ciertos éxitos iniciales de estas modernizaciones.

27. Marie Lavigne, *Les économies socialistes soviétique et européennes* (París, 1979).

28. Ignacy Sachs, "Le géant brésilien encore loin du futur. L'échec du modèle qui séduit tant la Pologne", en *Le Monde diplomatique*, nov. de 1989.

Sería otro tema complejo, que aquí sólo puede ser bosquejado, el de las múltiples tensiones que surgen de la desintegración del antiguo bloque soviético. Entre éstas, dos tipos de problemas darán mucho material para el análisis: los probables y posibles enfrentamientos entre ex-países socialistas, o entre partes de los mismos, y las repercusiones de sus innumerables dificultades sobre sus vecinos occidentales.

Entre los primeros sobresalen los de la *ex-Unión Soviética* inmensa caldera de presiones y de conflictos étnicos, entre los cuales el de las minorías rusas en los países bálticos nuevamente independientes —sobre todo en Letonia y Estonia—, así como en Moldavia, y de la *ex-Yugoslavia*. En esta última, Bosnia resume un poco toda la enorme problemática conflictiva de los Balcanes, que se han reconvertido en el “barril de pólvora” que ya constituían al comienzo del siglo, debido a su mosaico de etnias enemistadas. Kosovo, la región albanesa de Serbia, podría bien reservar el peor de los enfrentamientos cuando, como se prevé, la mayoría de esta etnia se subleve contra la pequeña minoría serbia dominante y represora, con consecuencias impredecibles.

También existen ancestrales enemistades entre rumanos y húngaros, con una fuerte minoría de éstos en la región contigua a *Rumania*, que abren perspectivas de conflictos violentos. Otra minoría húngara es la de la nueva república de *Eslovaquia*, donde constituye algo más del 10% de la población y donde la reciente inauguración de la polémica central hidroeléctrica de *Gabcikovo* sobre el río fronterizo Danubio desató un conflicto bilateral de muy difícil solución. Y existen otros diferendos, como entre *Bulgaria* y Turquía y entre *Macedonia* y Grecia, que nadie sabe cómo pueden terminar con acuerdos mutuamente aceptables.

No menos, sino tal vez aún más explosivos son los problemas que resultan de las enormes presiones migratorias del Sur y del Este sobre las sociedades occidentales. En Alemania, 1992 ha traído un nuevo récord de afluencia de refugiados de múltiples países, en un número vecino al medio millón. El Partido Socialdemócrata se ha visto obligado a aceptar un cambio del artículo 16 de la Ley Fundamental (Constitución de la RFA) que permitía el libre ingreso de personas en busca de asilo por razones políticas, y también en Austria, otro país particularmente afectado por el flujo de refugiados por su situación geográfica, la ultraderecha populista logra capitalizar hábilmente el difundido malestar.

El problema es de gran complejidad, ya que existe la “presión de la calle” de ciudadanos exasperados por esta presencia masiva en una situación de desempleo creciente, con los refugiados compitiendo necesariamente con los nativos por empleos y viviendas. También es evidente que ningún país puede, como dijo una vez, en una fórmula sin duda criticable pero en el fondo correcta, el antiguo presidente francés Giscard d’Estaing, “acoger a toda la miseria del mundo”. Se comprende la inquietud de los ciudadanos europeos por su relativo bienestar material, amenazado inevitablemente por la afluencia de numerosos extranjeros dispuestos a trabajar por salarios muy inferiores a los que están actualmente en vigor. Un caldo de cultivo sin precedentes para la demagogia irresponsable que convence a las víctimas locales de los problemas actuales de que “el problema del odio a los extranjeros son los propios extranjeros”.

“Los ataques asesinos a los extranjeros”, comenta el renombrado sociólogo Ulrich Beck, “son también —aunque tengan muchas causas diversas— una suerte de guerra civil disfrazada, con actores distintos de los adversarios reales, en una Alemania menos unida que nunca...”.<sup>29</sup> Lo cierto es que ya se multiplican también las inquietudes de los empresarios ante el deterioro de la situación, que amenaza no sólo con arruinar el turismo hacia el país —que produjo más de 10 mil millones de dólares el año 1991— sino también reducir las posibilidades de exportación y de inversiones extranjeras en Alemania.

### *Nuevas tendencias y cambios globales*

La desaparición de la Unión Soviética y de la Guerra Fría, el ascenso del Japón al rango de potencia económica mundial, concomitantemente con el ocaso relativo de los Estados Unidos, y la formación de grandes bloques regionales, así como la marginalización de las regiones periféricas y la crisis del endeudamiento de las mismas, constituyen sin duda los aspectos más importantes del “nuevo orden mundial”. Entre éstos figura en particular el nuevo intento de profundizar la ya adulta CEE y la iniciativa, más reciente, de reagrupar los países del Norte y del Sur de América en diversos esquemas, entre otras razones para mejor enfrentar la crisis de la deuda y para detener el notable deterioro de la posición relativa de los Estados Unidos,<sup>30</sup> consecuencia, esencialmente, de la *reaganomics*. El contundente fracaso de ésta fue, como se sabe, sancionado con la derrota de Bush en las elecciones de 1992, pero todavía quedan por medir los alcances totales del desastre de los años 1980-1992, que trajeron a la vez el mencionado deterioro, el empobrecimiento de la mayoría de la población, la caída de las inversiones productivas, el fuerte deterioro de los sistemas de educación y salud y la acumulación de una astronómica deuda interna y externa.

En Europa, la desintegración de la URSS y de su bloque ha cambiado, obviamente, la situación de manera más radical que en cualquier otra región del mundo. Alemania se reunificó, mal o bien, mucho antes de lo que lo preveían aún en 1988 los espíritus más lúcidos del país. Los otros países del anterior bloque oriental golpean con unanimidad a las puertas de la CEE, donde ya esperan Austria, Suecia, Suiza, etcétera, sin contar Turquía y aun... Marruecos. “Profundizar” el proceso o “extenderlo” geográficamente, tal parece ser el nuevo dilema hamletiano de Europa: unos dicen que primero conviene profundizar y consolidar, para luego poder ampliar, otros opinan al revés; unos preconizan una “Europa de dos —o más— velocidades”, otros enfatizan la unidad en los progresos hacia la “unión económica y política”, objetivo nebuloso pero general para el año 2000. Las tragedias de la ex-Yugoslavia —con el Kosovo reservando tal vez la peor— y de la ex-URSS, así como la ruptura de

29. *Der Spiegel* (Hamburgo), 9-11-92.

30. Raúl Bernal Meza, *Claves del nuevo orden mundial* (Buenos Aires, 1991).

Checoslovaquia y las otras múltiples tensiones nacionales hacen aconsejar una política de puerta abierta. Pero nada permite prever que, al entrar en la CEE, países como Lituania o Eslovenia tendrían automáticamente las ventajas, sin las desventajas, de esta nueva ubicación.

De hecho, en la nueva *Lituania* la contundente victoria electoral de los "ex-comunistas" del dirigente *Algirdas Brazauskas* a fines de 1992 parece mostrar, a pesar de ser un fenómeno hasta ahora único con características particulares, que los pueblos pueden reaccionar con esta "nostalgia" a un fuerte deterioro de la economía local. En 1992, la producción industrial habría caído a la mitad de la del año anterior y la producción agropecuaria también en una fuerte proporción, consecuencia, sobre todo, de la ruptura de los antiguos lazos con la URSS,<sup>31</sup> considerados indeseables por los lituanos independentistas.

También en *Eslovenia*, un año después de su independencia, parecían prevalecer claramente los aspectos negativos, según numerosos reportajes publicados en periódicos austríacos y alemanes. Y los eslovenos no sólo se quejan de ser ignorados por los europeos occidentales —o confundidos con eslovacos y otros—, sino que manifiestan también sus crecientes temores de quedar marginados por éstos y encontrarse así en la imposibilidad de "salir de los Balcanes para entrar en Europa Occidental", como habían pensado.

Aun los países competitivos como *Suiza*, *Austria* o *Suecia* dudan con razón ante las ventajas y desventajas, en particular en el campo social y ecológico, de la CEE. Un caso a la vez paradigmático y especial—tanto por su independencia reciente (1905) como por su riqueza petrolera de los últimos lustros— es el de *Noruega*, que ya rechazó en 1972 por un 53,5% de votos negativos la adhesión a la CEE previamente negociada. Hoy las encuestas siguen mostrando un fuerte rechazo popular (54% no, 29% sí), sobre todo porque el caso danés muestra la poca disposición de la CEE a renegociar con un país por reglamentos especiales y excepciones. El partido laborista gobernante se decidió, sin embargo, a volver a pedir la admisión, arriesgando una fuerte derrota electoral, porque ve en ésta "la única alternativa realista". Pero "hay pocas sociedades en el mundo", según un comentario alemán reciente, "en las cuales valores como la igualdad social y la independencia nacional tienen tanta importancia como en Noruega. Y la CEE, a los ojos de muchos noruegos, parece amenazar ambos valores".<sup>32</sup>

Si los noruegos temen en particular por sus grupos sociales más expuestos, como los pescadores y campesinos —los más fuertemente subsidiados del mundo—, una de las preocupaciones centrales está constituida aquí, como en Suecia, Finlandia, Suiza y Austria, por el peligro que corren sus avanzados sistemas de beneficios sociales y su medio ambiente. Como países de tránsito y con un frágil ecosistema montañoso, los dos últimos se encuentran en un particular dilema debido a la lógica puramente comercial que tiende a aumen-

31. *El País*, 19-11-92.

32. "Ein Ja mit Widerwillen", *Die Zeit* (Hamburgo), 13-11-92.

tar año tras año el pesado tráfico de camiones gigantescos por los valles alpinos, con consecuencias soportadas con cada vez peor gana por los sufridos vecinos.

### *Perspectivas*

Entre las justificaciones políticas, desaparecida la amenaza soviética, real e imaginaria, figura ahora en primer término la necesidad de hacer frente al Japón y a los Estados Unidos, para no caer en la "balcanización" y perder por lo tanto la carrera contra ellos. Sin embargo, las relaciones transatlánticas y aun las sostenidas con el Japón están lejos de gozar de opiniones unánimes. Tampoco hay coherencia de ideas con respecto a crisis vecinas (la ex-Yugoslavia lo muestra con particular nitidez) o aun en el tema, muy secundario en la agenda europea, de las relaciones con regiones periféricas (mundo árabe, África negra, Asia y América Latina, más o menos en este orden de importancia).

Otro aspecto crucial será el inevitable predominio de Alemania en la Europa del futuro, prevista antaño en base a cierto equilibrio entre los "grandes" Francia y Alemania, más Italia y luego también Gran Bretaña: la unificación alemana transformó al *primus inter pares* en potencia claramente dominante, cuyo PBN pronto podría superar cualquier combinación de los PBN de dos de los demás "grandes". Además, Alemania, por razones económicas, geográficas e históricas, lleva enormes ventajas sobre sus socios en la "apertura del Este". La transferencia de la capital a Berlín, la ola xenófoba y racista —sin ser exclusiva de Alemania, asusta particularmente— y otros factores provocan miedo entre sus vecinos occidentales y orientales: tanto partidarios del "sí" como del "no" del referéndum francés trataron de capitalizarlo en su favor. Aunque por muchos años seguirá existiendo un "muro invisible" entre ambas partes de Alemania.

Es indudable que el "eje Bonn-París" como pilar original de la CEE está tambaleando y que el centro de gravedad se ha desplazado hacia el Este y el Norte. Son plausibles, así, los temores en el Sur de Europa de que mañana Praga y Budapest, o aun Varsovia, Bratislava y Zagreb estén más cerca del corazón de la CEE que Atenas y Lisboa, tanto en sentido orgánico como figurado. Los fantasmas del gran espacio económico de la geopolítica nazi se despiertan, lógicamente, aquí con la misma facilidad que aquellos de la *esfera de coprosperidad* en Asia oriental...

El referéndum francés encontró a todos los partidos —menos el PCF y el Frente Nacional de extrema derecha— muy divididos, y eso por buenas y múltiples razones. Se cuestiona en particular el abandono de soberanía nacional que significaría la unión monetaria con un banco central independiente de los gobiernos, engendro teórico que puede ser visto, ciertamente, como una monstruosidad tecnocrática o como un avance luminoso de la "construcción europea". Lo claro es que luego de los votos daneses y franceses y de los últimos sacudones que significaron el casi derrumbe del Sistema Monetario Europeo este proyecto tiene, como dicen los franceses, plomo en las alas. Los "euroescépticos" lograron ya, constata con decepción un excelente diario "europeísta", un

*tratado descafeinado*.<sup>33</sup> “Es arriesgado”, advertían en 1988 dos de los principales economistas franceses, de ninguna manera *anti-sistema*, “es irracional y deberíamos avanzar con ojos abiertos, pero por ahora nos precipitamos ciegamente hacia el 1992...”<sup>34</sup>

Resulta evidente que detrás de la tormenta monetaria están menos los “especuladores” en sí que las divergencias de ritmo entre los países de la Comunidad en cuanto a inflación y aumento de la productividad. La inflación netamente mayor en Italia y Gran Bretaña, en relación con Alemania, no compensada por un mayor aumento de productividad, tenía que provocar tarde o temprano un realineamiento monetario, y similares divergencias tendrán que generar efectos similares en el futuro. “El marco duro, bomba para Europa”, graficó el título de *Der Spiegel*.

La unión monetaria antes del año 2000 aparece así, en las condiciones actuales, como una perfecta quimera. Tanto más que, según los criterios adoptados, apenas tres países cumplían en 1992 con los requisitos para la misma: Francia, Dinamarca y Luxemburgo. Como comentó un británico, Luxemburgo no tiene moneda propia (la comparte con Bélgica), Dinamarca rechazó el Tratado de Maastricht, y así quedaría Francia para hacerla sola...

El problema es, sin embargo, que un proceso de integración adquiere algo como una dinámica propia y casi exige avanzar para no sucumbir. Como sugiere el viejo esquema de Balassa (nota 7), una asociación de libre comercio exigirá casi automáticamente en algún momento un arancel externo común para convertirse en unión aduanera, y ésta además la libre circulación de los factores capital y trabajo para transformarse en verdadero mercado común, que a su vez exigirá avances en la armonización general de políticas económicas, sociales, etcétera, llevando al grupo a la etapa de unión económica, y aún, al fin del camino, a una fusión completa en alguna forma institucional de tipo confederal.

Pero resulta que la CEE, con sus casi 35 años de existencia, apenas está tratando de perfeccionar por fin su unión aduanera —que debería funcionar desde hace más de 20 años— y agregar elementos dispares de unión económica, entre los cuales el ilusorio proyecto de unión monetaria. Parecen correctas, en este contexto, las críticas al Tratado de Maastricht que enfatizan: a) estos aspectos utópicos —por ejemplo la casi imposible, pero necesaria armonización fiscal, el difícil acuerdo sobre las relaciones exteriores, entre otros con el Japón, o la no menos difícil apertura mutua de los mercados públicos a los competidores de la Comunidad, cerca de una sexta parte del PBI global—<sup>35</sup> y b) el evidente déficit democrático de la Europa de los tecnoburocratas, que suelen tomar decisiones sin demasiada atención a sus proba-

33. *El País*, Madrid, 22-10-92.

34. Michel Albert y Jean Boissonat, *Crise, krach, boom* (París, 1988), pp. 198-200.

35. Valérie Hirsch, “Objectif 1992: le dossier-test des marchés publics”, en *Revue du Marché Commun*, 313, enero 1988, pp. 1-2.

bles efectos sociales concretos, no pocas veces desastrosos para regiones, sectores enteros o el medio ambiente.

Un aspecto crucial es precisamente el de los problemas sociales y ecológicos que la construcción de Maastricht, de llevarse a cabo a pesar de los golpes recibidos, amenaza claramente con agravar. Ambos aspectos dependen de soluciones unánimes, lo que garantizaría la proliferación de casos de *dumping social* y de *dumping ecológico* con fuertes y crecientes tensiones intra-comunitarias. Ya en años recientes en Alemania creció la resistencia a la importación de electricidad francesa de origen nuclear, y habrá innumerables conflictos futuros en estos campos. Por otro lado, no parece fácil crear estándares uniformes en un grupo de países tan desiguales, y aparece así como bastante absurdo tratar de imponer niveles de beneficios sociales idénticos en una Europa occidental con muy desiguales problemas y sobre todo con conciencias sociales y ecológicas notablemente dispares. Como comentó el conservador *The Economist* británico, el gobierno de Bonn tiende a imponer a los demás los estándares alemanes en materia de beneficios sociales y de cogestión, para no tener que “sufrirlos” sólo y evitar por ende algo así como un *dumping social* de sus socios...<sup>36</sup>. Pero faltan sin duda políticas comunitarias serias en los campos social y ecológico.

Los excesivamente entusiastas pronósticos sobre los supuestos beneficios del “mercado único” —como el oficialista *Informe Cecchini*, que prevé millones de empleos nuevos e importantes aumentos de PBN— ignoran ampliamente los costos que el mismo tendría inevitablemente, de realizarse como se prevé. Así, por ejemplo, es evidente que la acelerada fusión de empresas que contribuyó a desencadenar el *Acta Única Europea* desde los años 1986-87 agravó el problema de desempleo, y que otros progresos hacia la unificación del mercado, como el sistema monetario común y la eliminación de los sistemas de preferencias nacionales en las compras públicas, disminuirán necesariamente las posibilidades de cada país en el combate de sus problemas sociales y regionales.

Todo esto no significa que una mayor cooperación, o aun integración europea no sea deseable y hasta necesaria. La transnacionalidad de la economía, de la ecología y de la tecnología, enfatiza uno de los líderes más capaces de Alemania, implica la necesaria *solidaridad transnacional*, con mayor atención a los factores sociales y ecológicos.<sup>37</sup> Pero deberá sin duda ser otra Europa que la de los intereses puramente comerciales y de procedimientos tecnocráticos: “La Europa, tal como se ha construido durante 40 años, la del ‘despotismo esclarecido’ —escribe un prestigioso diario favorable a *Maastricht*— se acabó. Habrá que sustituirla por una Europa mejor organizada por sus propios ciudadanos y que integre las preocupaciones de esta opinión pública europea que nace a lo largo de estas consultas y de los procesos de ratificación en cada uno de los países miembros”.<sup>38</sup>

36. “But what about the workers?”, en *The Economist*, 23-7-88.

37. Oskar Lafontaine, *La sociedad del futuro* (Madrid, 1989).

38. *Le Monde*, 22-9-92.

## *Europa, Estados Unidos y Latinoamérica, hoy y mañana*

La participación de América Latina en las exportaciones mundiales bajó de un 5-6% al comienzo de la década del '80 a menos del 4% hacia 1990, y su importancia relativa disminuyó aún más para el comercio exterior europeo. Retrocedió aproximadamente a la mitad en las últimas décadas, y esta participación concierne prácticamente a los mismos productos —agropecuarios y mineros— que antes del fuerte crecimiento industrial de la región.

Ya en los años de formación de la CEE, el presidente uruguayo de la época llamó a ésta, no sin algunas buenas razones, una “máquina de guerra económica contra América Latina”. Este juicio se debe a la política agraria proteccionista y a la política de “asociación” con las ex-colonias en África en las cuales se fue fomentando una oferta rival de productos tropicales, comprometiendo así fuertemente las posiciones de todos los países latinoamericanos, tanto de clima templado como de la zona tropical. La evolución de los últimos 30 años no contradice esta visión crítica, aún confirmada en años recientes por denuncias tan repetidas como justificadas de los presidentes Alfonsín y Sanguinetti sobre la creciente “competencia desleal” europea en la exportación subsidiada de productos agropecuarios.

La ampliación de la CEE en 1986 a España y Portugal fue otro golpe relativamente duro, desviando las importaciones agropecuarias de estos países hacia la Comunidad y cerrando un poco más el lejano pero históricamente esencial mercado europeo para los productos latinoamericanos. La “Europa de 1993” amenaza con reforzar aún esta situación de cierre progresivo.

La apertura de los países del Este que compiten con América Latina por mercados y capitales disminuye todavía más estas posibilidades de exportación, aunque podrían teóricamente abrirse algunos nuevos mercados para ciertos productos y servicios en los países del Este: los éxitos del Brasil y de otros países latinoamericanos en Medio Oriente (proyectos de construcción, exportación de alimentos y ciertos productos industriales) muestran algún potencial que merecería ser explorado. El aumento del intercambio entre Europa occidental y Europa oriental y el mayor peso de Alemania, país tradicionalmente *aperturista*, podrían a su vez abrir algunos nuevos nichos comerciales por el propio efecto de crecimiento de los mercados, pero esto es más bien hipotético y una perspectiva de mediano o largo plazo. Para países como la Argentina y Chile, por ejemplo, se abren algunos nichos para frutas y legumbres de contraestación y también para alimentos más naturales que los productos de la agricultura europea supertecnificada, cada vez más cuestionada desde el punto de vista ecológico y por razones de sabor. No por casualidad los restaurantes argentinos conocen un creciente éxito en Alemania.

Está claro, sin embargo, que estas exportaciones —que corresponden a una perspectiva esencialmente estática de las ventajas comparativas— nunca transformarán a los países latinoamericanos en verdaderas economías prósperas e industrializadas. No hay lugar en la estructura mundial actual para “nuevas Coreas”, y de todas maneras no fue este tipo de crecimiento extraverdido el que dio éxito a los países de Extremo Oriente. Este se vincula, al

contrario, con una estrategia más *autocentrada*, con un papel esencial del estado en la orientación del desarrollo y en general un fuerte énfasis en el mercado interno.<sup>39</sup> Los ejemplos concretos de historia económica universal nos muestran, por otro lado, que algunos países, como los escandinavos, han podido superar su atraso de antaño partiendo de una política de valorización de sus recursos naturales, como Finlandia con sus exportaciones de madera y luego de papel: en eso hay sin duda mucho que los países periféricos pueden *aprender de Europa*.<sup>40</sup>

También es importante constatar, a nivel de los países altamente industrializados, la neta divergencia en términos de eficiencia económica, industrial y social que presentan los dos tipos de capitalismo actualmente en pugna: uno, del tipo norte y centroeuropeo (y japonés y coreano), con fuerte papel del estado en los campos social, regional y educativo, la fijación de reglas de juego, investigación, orientación macroeconómica a mediano y largo plazo; y el otro, de tipo capitalismo salvaje y socialmente regresivo, correspondiendo al modelo *thatchero-reaganiano*.<sup>41</sup>

La derrota electoral de Bush, en esta perspectiva, no puede sino interpretarse como una señal alentadora. El fundamentalismo neoliberal asociado a los nombres de Thatcher, Reagan y Bush ha evidenciado su fracaso en prácticamente todos los campos y dejará su lugar, en los Estados Unidos, y también necesariamente en Europa y América Latina, a una política nuevamente más *keynesiana* y con mayores sensibilidades sociales y ecológicas.

Vale la pena anotar de paso algunos datos sobre el balance del reaganismo en los Estados Unidos: los salarios industriales reales han bajado en un 13% desde 1973, contra un aumento de casi un 30% en Japón y Alemania, cuya competitividad internacional aumentó sin embargo, como se sabe, muy fuertemente en detrimento de la de los Estados Unidos; sus inversiones constituían sólo el 9% del PBN en 1991 contra el 13% en Alemania y casi el 20% en Japón; el costo laboral promedio era de 15 U\$S por hora en 1990 en EE.UU. contra 16 en Japón y 23 en Alemania; en 110 tecnologías "críticas" según la Agencia para la Planificación Económica del Japón, EE.UU., predomina actualmente sólo en 43, contra 33 para el Japón y 34 para Europa, con una fuerte disminución en los últimos años.<sup>42</sup>

Las repercusiones de este acontecimiento en América Latina son incalculables. De ser coherente, el nuevo presidente estadounidense debería bajar significativamente la presión del Norte sobre la región, característica de las políticas ultraliberales puestas de moda en los últimos años. Las crisis de 1992 —en Perú, Brasil y Venezuela en particular— han aportado pruebas contundentes de que estas recetas no sirven tampoco en América Latina. Las tenden-

39. Carlos Ominami, *El Tercer Mundo en la crisis* (Buenos Aires, 1987), en part. pp. 264-278.

40. D. Senghaas, *Aprender...*, pp. 126-140.

41. Michel Albert, *Capitalisme contre capitalisme* (París, 1991), versión en castellano: Buenos Aires, 1992).

42. Jorge Fonscca, "El fin del nuevo orden", *El País*, 7-11-92.

cias proteccionistas en los Estados Unidos pueden sin duda aumentar y afectar a los intereses latinoamericanos. Pero esto será un precio muy módico a pagar, si en contrapartida se restablece una relación Norte-Sur menos desigual entre ambas partes del continente. Queda por verse el futuro del *Merconorte*, pero los mexicanos sólo podrán felicitarse si el nuevo *New Deal* incluye una preocupación de Washington por los problemas sociales y ecológicos en detrimento de un crecimiento industrial salvaje.

El propio presidente electo estadounidense aparece como perfectamente consciente de este problema. En un artículo publicado en Alemania con el elocuente título *Aprender de Japón y Alemania* niega que exista una contradicción necesaria entre economía y ecología. Al contrario, las tecnologías "limpias" y descontaminantes serán, constata, esenciales en la economía del futuro. "En 1980, los EE.UU., aún dominaban los tres cuartos del mercado mundial de tecnología solar, pero en 1990 Alemania y Japón ya habían hecho bajar nuestra parte al 30%. Anteriormente nosotros abastecíamos al resto del mundo con nuestra tecnología para controlar la contaminación del aire, y hoy tenemos que importar el 70% de esta tecnología. Y esta lista no termina aquí (...) Los países en desarrollo sufren las consecuencias de una política de crecimiento que no tomó en consideración al medio ambiente. Por eso necesitan ahora tecnologías y servicios que les permitan seguir creciendo, pero dejando de destruir la naturaleza. Un buen ejemplo de todo esto es México. Allí las fábricas deben cerrar, no porque no trabajen de manera rentable, sino porque la gente llega a ahogarse literalmente por causa de la contaminación ambiental. México, sin embargo, necesita estas fábricas y por eso mismo también necesita equipos que permitan realizar una producción industrial sin dañar al medio ambiente".<sup>43</sup>

Una receta que, sin duda alguna, debería también ser aplicada en los demás países latinoamericanos como Argentina y Brasil. En Chile, el supuesto "éxito" del pinochetismo, poco convincente en realidad en vista de los resultados de todo el período 1973-1990, ha sido logrado al precio de una catastrófica destrucción de la naturaleza (sobrepesca, tala de bosques, transformación de Santiago en una de las ciudades más contaminadas del mundo), todo lo cual, si incluimos además los dramáticos costos sociales y culturales del "modelo" tantas veces recomendado, hace de esta experiencia más bien un "ejemplo a no seguir".<sup>44</sup> La Argentina pos-Cavallo, pos-fundamentalismo liberal, haría bien en dar un fuerte golpe de timón también en este aspecto, como en muchos otros, si quiere evitar catástrofes y pasar de los *fuegos de artificio*<sup>45</sup> a un desarrollo real.

Otro punto esencial será, sin duda, la decisión de avanzar con los proyectos de integración en América Latina misma. Pero deberían ser más realistas y no imaginar poder crear un "mercado común" en unos pocos años, cosa que los

43. Bill Clinton, "Von Japan und Deutschland lernen", *Die Zeit*, 13-11-92.

44. Víctor Sukup, *El peronismo y la economía mundial. Modelos de inserción económica internacional, 1946-55, 1973-76, 1989-?*. (Buenos Aires, 1992), pp. 112-115.

45. V. Sukup, *El peronismo y la economía...*, pp. 116-125 y Daniel Muchnik, *Fuegos de artificio. Las zonas erróneas del Plan de Convertibilidad* (Buenos Aires, 1992).

Europeos con economías en crecimiento y mucho más prósperas, con menores diferencias estructurales entre los países socios, no han logrado en 30 años.

Una simple política de rápido desarme arancelario no podrá dar resultados positivos, sino sólo nuevas frustraciones como la ALALC en su tiempo. En cambio, los acuerdos Alfonsín-Sarney, previendo una fuerte cooperación técnico-científica, una colaboración prioritaria en el sector de bienes de capital y mecanismos para compensar los posibles, en verdad probables, desequilibrios bilaterales, parecían indicar vías relativamente promisorias.

Otro aspecto esencial será una visión realista de los beneficios que pueden traer las inversiones extranjeras. Basta con pensar, por ejemplo, que Venezuela en 1960 concentraba en su territorio —entonces con poco más del 3% de la población latinoamericana— un tercio de las inversiones directas norteamericanas, o que el Brasil fue otro destino preferido de capitales extranjeros en los años '60 y '70. Los informes de las Naciones Unidas sobre empresas transnacionales muestran las ventajas y desventajas de la presencia de las mismas en países en desarrollo, y conviene no perder de vista estas desventajas o tener ilusiones sobre las ventajas. Sin contar algunos otros aspectos importantes, porque:

- a) no vendrán muchos capitales, por la competencia de los propios países desarrollados para captarlos, etcétera;
- b) suelen tener un comportamiento pro-cíclico, o sea, vendrán a acompañar un auge económico, pero no lo promoverán;
- c) difícilmente traerán soluciones al problema de los desequilibrios externos, en razón de los flujos de capital hacia fuera que provocan necesariamente;
- d) suelen promover exportaciones, pero también importaciones, con impacto global incierto sobre la balanza comercial, y
- e) las conversiones de deuda externa en inversión extranjera directa no significa traer capital, pero sí desnacionalización de activos y presiones inflacionarias...<sup>46</sup>.

### *Lecciones de la Comunidad europea y conclusiones*

En conclusión, para la Argentina y para América Latina en general, no hay mucho que esperar de la Europa de hoy, ni del Japón, ni de un ilusorio "libre comercio" con los Estados Unidos. La competencia en condiciones de igualdad entre socios tan desiguales no puede sino ser absurda y tender a ser perjudicial para los más débiles. Una política realista debería —comenzando con la promoción de las inversiones *productivas* extranjeras y sobre todo nacionales, y de mejores equilibrios sociales y regionales— sin embargo identificar los

---

46. Eva Paus, "Direct Foreign Investment and Economic Development in Latin America: Perspectives for the Future", *Journal of Latin American Studies* 21 (2), marzo de 1989, pp. 221-239.

posibles nichos del mercado mundial, comenzando por estos países y otros de economía complementaria, promover los intercambios también con otras partes del mundo periférico y enfatizar la cooperación e integración regional en una forma realista y prudente, sin olvidar las posibilidades de sustitución de importaciones a nivel nacional que quedan. Para esto, como para la política interna en general, convendría sobre todo encontrar nuevas fórmulas para superar la dicotomía estatismo burocrático-ultraliberalismo, previendo una combinación flexible y eficiente de movilización de iniciativa privada con una firme función de orientación macroeconómica y tecnológica de un estado que asuma también su papel de asegurar los necesarios compromisos sociales. Sin estos últimos, cualquier política económica estará condenada al fracaso, como ya lo están mostrando en particular las experiencias de Venezuela, Perú y Brasil.

No pueden ignorarse los peligros de desintegración nacional que la globalización puede conllevar hasta para países de aparentemente sólida cohesión como Brasil: tal es, en todo caso, la advertencia de uno de los más brillantes pensadores de este país en su último libro.<sup>47</sup> Algo similar vale también para Perú y Bolivia, y aún Bélgica, Italia, Gran Bretaña, España, Canadá o, en condiciones particulares, la Alemania mal unificada con su 30-40% de desempleados en la ex-RDA llena de resentimientos. Y para los países periféricos vale en particular esta ya antigua advertencia de un gran economista alemán de hace 150 años en el fin de la introducción a su gran obra clásica: "La historia ofrece ejemplos de naciones que han sucumbido porque no supieron resolver a tiempo la gran misión de asegurar su independencia intelectual, económica y política, estableciendo manufacturas propias y un vigoroso estamento industrial y mercantil".<sup>48</sup>

Graves crisis internas en casi todos los países europeos muestran también que las políticas que abandonan demasiado sus responsabilidades sociales terminan por desembocar en situaciones de verdadera ingobernabilidad. Estas se evidencian en 1992/93 en los cuatro grandes países de Europa Occidental, aun sin considerar el avance de la barbarie xenófoba, verdadero cáncer de la democracia en la región. Todo este panorama tan poco ejemplar del "Primer Mundo" se produce, por lo visto, en medio de la "modernidad" y de la supuesta "prosperidad" tan ingenuamente idealizadas como prácticamente inalcanzables en la periferia, entre otras razones por estar ligadas a las asimétricas relaciones Norte-Sur.

Salvando las distancias evidentes, la experiencia europea enseña varias lecciones importantes a los demás países tentados por proyectos de integración como la Argentina y Canadá:

a) el país dominante tiende a concentrar en forma creciente los beneficios, y esto tanto más que el esquema de integración enfatiza los mecanismos de

47. Celso Furtado, *Brasil: a construção interrompida*. (Rio de Janeiro, 1992), p. 30.

48. F. List, *Sistema nacional de economía política* (México, 1979), p. 49.

“libre mercado”; en este sentido hay que comprender las advertencias, ya antiguas, de un “mercado común contra Europa”, formuladas entre otros por Michel Rocard, uno de los líderes más importantes y capaces de Francia.<sup>49</sup>

b) En el caso alemán y europeo, otros factores fueron indudablemente muy importantes para reforzar esta posición dominante, por ejemplo en relación a Francia: menores gastos militares, servicios públicos más eficientes y menos burocráticos, enseñanza —sobre todo profesional— muy superior, menores despilfarros en megaproyectos de prestigio o estrategias equivocadas (avión supersónico, energía nuclear), federalismo eficiente, etcétera.

c) También cabe aquí recordar la distinción de Albert (nota 41) entre un *capitalismo renano* a la vez más social, más ecológico, menos cortoplacista-especulativo y netamente más productivo que el de tipo *reaganomics*, distinción también perfectamente válida, tal vez con aún mayor razón, para el Tercer Mundo.

d) En cuanto al proceso de integración, sólo puede avanzar si existen a la vez un fuerte compromiso político, un sólido interés económico (que depende de las ventajas esperadas por los principales grupos sociales a corto, mediano y largo plazo) y un mínimo de afinidades psicoculturales, estas últimas con pocos progresos reales en las décadas de “construcción europea”. Una prueba de todo esto puede ser la más reciente crisis aguda de la CEE protagonizada por Francia, a pesar de su papel de impulsora del “mercado único”, debido en particular a su fuerte énfasis en el proteccionismo agrícola, a su vez ligado, sin duda, a un especial apego ancestral de los franceses a la tierra.<sup>50</sup>

e) Al reforzarse la interpenetración económica aumentan a la vez las dificultades de seguir avanzando (hacia la unión aduanera, el mercado común, la unión económica y monetaria) y los costos de volver hacia atrás, disminuyen las capacidades de políticas autónomas (industrial, regional, social, etcétera) y se diluyen las responsabilidades. Todo esto tiende a provocar fuertes y crecientes oposiciones, sobre todo debido al costo social de las reestructuraciones no acompañadas por medidas compensatorias.

f) La piedra de toque del éxito será la cohesión económica y social de una Comunidad que pretende merecer este nombre. La CEE está lejos de haber mostrado estar realmente en la buena vía y podría muy bien fracasar en este campo crucial, como tantas iniciativas en otras partes del mundo. De no cambiar sustancialmente su enfoque hoy excesivamente “liberal” —que no excluye la existencia simultánea de fuertes tendencias burocráticas por parte de los funcionarios comunitarios y de rasgos muy proteccionistas—, un fuerte retroceso parece prácticamente inevitable, ya que la crisis actual es insoluble sin cambio de rumbo.

49. Bernard Jaumont, Daniel Lenegre y Michel Rocard, *Le Marché Commun contre l'Europe* (París, 1973).

50. *El País*, 27-11-92.